

PROVINCIA DE



GUADALAJARA.

Boletín

Oficial.



## ARTICULO DE OFICIO.

## GOBIERNO SUPERIOR POLITICO.

*El Sr. Sub-secretario del Ministerio de la Gobernacion de la Península me traslada con fecha 22 del actual la Real orden siguiente.*

El Sr. Ministro de Hacienda comunica al de la Gobernacion de la Península, con fecha 16 del actual, una Real orden espedida con la misma al Director general de rentas provinciales, cuyo tenor es el siguiente:

"He dado cuenta á S. M. la Reina Gobernadora de un espediente promovido por el Duque de Híjar, solicitando que se haga estensiva á las contribuciones ordinarias, la medida acordada en el artículo 18 de la Lei de 30 de Junio de 1838 para la contribucion extraordinaria de guerra, por cuyo artículo se dispone que para la operacion del reparto concurren dos de los mayores contribuyentes entre los hacendados forasteros, ó sus Apoderados nombrados por los respectivos Ayuntamientos. Y deseando S. M. que los contribuyentes tengan esta mayor garantía en el reparto de los impuestos ordinarios, se ha servido mandar que tenga aplicacion á ellos la espresada medida.

*La que se publica para general inteligencia.*

*Guadalajara 29 de Julio de 1839.=Pedro Gomez de la Serna.*

## INTENDENCIA DE ESTA PROVINCIA.

Por fallecimiento de D. Bernardo Azañon, Administrador de Rentas Estancadas de Cifuentes, resulta vacante aquella Administracion, dotada con 3000 rs. anuales, y debiendo proponerse para ocuparla á los cesantes que gocen sueldo y reunan las demas circunstancias necesarias, se les avisa por medio del Boletín oficial para que si gustan optar á ella presenten en la Intendencia sus solicitudes documentadas en término de quince dias.=Guadalajara 26 de Julio de 1839.=Bernardo Losada.

## PARTE NO OFICIAL.

## EL MAESTRO DE ESCUELA

POR

FEDERICO SOULIÉ

(Vease en el número anterior.)

Ya que hemos dicho quiénes eran los habitadores de la casa que se veia á la izquierda del camino, pasemos á examinar el otro lado, ó sea la derecha.

Precisamente en frente de la casa de Scipion acababa el muro de un parque que estendiéndose

á mas de un cuarto de legua á lo largo del camino, subia en lo interior hasta el pico de una colina en la que estaba situado un palacio de muy bella arquitectura. Pertenecia este al conde de Lugano, senador del imperio y ex-convenional; el que segun contaban era poseedor de inmensas riquezas como tutor de la señorita Luisa Vanowen su sobrina. El conde de Lugano que debia este título á la munificencia imperial y que le habia aceptado con tanto mas reconocimiento, cuanto que borraba y hacia olvidar su verdadero nombre odiosamente célebre en la revolucion, jamás habitó su palacio de *Monte Abetos* durante el imperio. Pero en 1814 creyó prudente alejarse de Paris, donde su calidad de *regida*, le escluyó de la nueva cámara de los Pares á pesar de sus talentos en la ciencia de Administracion; y á principio de junio establecióse en dicho palacio con su sobrina Luisa y su hijo Hector, exauditor del consejo de estado y joven de regular aspecto, si bien hinchado solamente de aquella vanagloria y fatuidad que dán las fáciles conquistas mugeriles, de las cuales habia hecho muchas, gracias á la escasez de los hombres que causaban á la Francia las guerras de Napoleon.

A primera vista se hubiera dicho que ni aun las mas insignificantes relaciones podian establecerse entre ambas familias; mas el destino lo dispuso de otro modo.

Administraba (en susencias del conde) la posesion de *Monte Abetos* y su palacio M. de Lange-fay, cuya casa estaba situada en el parque cerca del camino y casi enfrente de la de Scipion. Tenia este administrador dos hijos pequeños de 8 á 10 años, bizcos, jorobados, extraordinariamente feos y de muy malas intenciones; y no queriendo llevarlos á la escuela del pueblo donde los otros muchachos les hacian burla y maltrataban las mas veces, suplicó á

nuestro huérfano les diese lecciones particulares de leer y escribir ofreciéndole unos 24 reales mensuales y la comida siempre que se le antojase echar unas partidas á las damas ó al dominó. Con toda nada de esto hubiera bastado para acercar el rico al pobre sin el siguiente suceso.

Hay que advertir antes, que para ir Scipion á casa del administrador, tenia que costear todo el muro del parque hasta la entrada principal, y deahacer luego lo andado, y que M. de Langefay abrevió el camino dándole la llave de una puertecita por donde entraba todas las tardes á instruir á sus nuevos discípulos acabadas las lecciones de la escuela pública.

Cerca de ponerse el sol, en una de las tardes del mes de junio de 1811, paseándose el conde de Lugano por lo mas estraviado del parque (y por casualidad ante la puertecita indicada), oyó introducir una llave, vió que abrieron y encontróse con un hombre para él desconocido. Aunque el conde rayaba en la vejez, no tuvo miedo, y mantúvose con firmeza y serenidad en el mismo sitio. No le sucedió asi á Scipion, pues apenas se halló de manos á boca con este personage, sintió tal cortedad, turbacion y embarazo, que hizo asomar la risa en los labios del anciano senador.

-¿Quién sois? le preguntó este con seriedad.

-Scipion.

-¿Y qué quiere decir eso de Scipion?

-Señor.....Scipion.... quiere decir.....que ese soy yo.

Echóse á reir M. de Lugano y con tono mas amable, entre solemne y burlesco,

-¿Y qué veniais á buscar á mi parque, célebre general romano? le dijo.

A esta pregunta nuestro huérfano empezó á contarle confusa y embrolladamente sus relaciones con el administrador: en cuya narracion turbosele la lengua cien veces, repitió una misma cosa otras tantas, todo lo confundió y habria seguido hablando horas y horas, si el conde que hacia rato se hallaba pensativo, no le hubiese interrumpido preguntándole:

-¿Teneis buena letra?

-Sí señor (contestó rápidamente Scipion).

-Y sabéis ortografía?

-Tambien.

-Pues venid á verme mañana á las siete y os pondré un destino que podrá conveniros.

Dicho esto alejóse M. de Lugano, Scipion quedóse un momento como petrificado, y despues corrió, loco de alegría, á contar á M. de Langefay lo ocurrido y la buena suerte que le esperaba.

Al dia siguiente de la aventura que ocurrió á Scipion con el conde, y hemos descrito en el número anterior, la señorita Luisa VansOwen y el caballero Hector de Lugano estaban sentados á cierta respetuosa distancia en uno de los salones del palacio de Monte Abetos. Parecia que ambos se hallaban entregados á cierta meditacion hija de un sentimiento comun, y los dos demostraban aquel fastidio y disgusto particular que suele apoderarse de nuestras almas algunas veces sin saber cómo ni por qué. Luisa tomaba y dejaba bostezando el bordado, y su primo revolvía, leía y tiraba con impaciencia varios periódicos. Estos jóvenes nada tenían que decirse y nada se decían, y como además estaban seguros de ser uno para el otro, ni se tomaban el trabajo de agradarse ni menos el de merecerse. Efectivamente, su matrimonio concertado hacia 10 años, iba á verificarse dentro de dos meses, esto es, al cumplir la novia 16 años. A pesar de la indiferencia que se manifestaban mutuamente los prometidos esposos, con todo, Luisa solía suspirar por lo bajo pareciéndola muy larga la dilacion de su matrimonio; mas no por eso debemos juzgar que amase á Hector ni pensase en él su vehemente deseo de casarse nacia de otros deseos mayores, cuales eran salir del estado de niña gozar de aquella especie de libertad que las casadas gozan, y entrar á recibir los homenajes que el mundo tributa á la juventud y á la belleza.

Nada de esto debe admirarnos en una niña

de 16 años, y sí es de estrañar la indiferencia respecto de su prima del caballero Hector de Lugano; bien que su fatuidad era tan estraordinaria que caia en el ridículo. Tan persuadido estaba Hector de su invencible poder respecto á las mugeres y tanta seguridad tenia de triunfar de ellas y seducirlas con sus palabras, que se vanagloriaba muchas veces de sus conquistas, haciendo creer á quienes le escuchaban que á ninguna la era dado resistir á sus encantos ni dejar de caer entre sus lazos. Y sin embargo Luisa ni habia hecho alto en la fatuidad, encantos y atractivos irresistibles de su primo: ni aun habia reparado en su persona y (como continuamente la estaba contando sus prodigiosas conquistas) ni aun le admiraba en ellas porque creia que el poder de seducccion era comun á todos los hombres. Asi que Hector para ella ara uno de tantos y nada mas á pesar de su ponderado y escetivo mérito. Hector por su parte acostumbrado á considerar á los matrimonios como á tratos mercantiles, miraba á su hermosa prima y futura esposa (dotada en 4 millones) como á una grande herencia que iba aposeer dentro de poco tiempo. De aqui la indiferencia y el poco ó ningun cariño de ambos prometidos.

Media hora hacia que los dos jóvenes estaban en el salon, cuando Hector tiró de la campanilla y preguntó al criado que entraba:

-¿Cómo no habeis avisado á mi padre que es la hora de almorzar?

-Señor, ya hemos tocado al desayuno como de costumbre.

-Pues es preciso volver á tocar: quizá se esté paseando en lo mas retirado del parque y no habrá oido la compana.

Permitame V. S. que le diga que el Sr. conde está en su despacho.

-Pues entra á avisarle.

-Perdone V. S. si le advierto que esto me es imposible. S. E. ha cerrado por dentro y nos ha prohibido que vayamos á interrumpirle bajo ningun pretesto.

-Eso mismo os habia advertido ya, dijo Luisa á Hector; porque esta mañana vi entrar en el cuarto del tio á una especie de lugareño. Desde las siete estan ambos encerrados.

-!Como! exclamó Hector ¿será posible que aquel oso con medias azules, vestido de paño pardo á quien encontré en el parque esta mañana sea el que esté con mi padre?

-Ciertamente, contestó el criado; el señor Scipion está con S. E. desde las siete de la mañana,

-¡El señor Scipion! repitió Hector dando á su exclamacion un tomo de desprecio particular.

-Si señor, el Maestro de escuela de Grenoble.

«El Maestro de escuela de Grenoble!!» ¡qué visita tan particular!! exclamó sorprendido Hector haciendo un gesto ridículo.

Si pudiéramos dar una idea á nuestros lectores de cierta habilidad que poseía este caballero, lo haríamos gustosos. Consistia en una rara y extravagante pronunciacion unida á extraordinaria facilidad en hacer tales gestos y visages, que no puede describirlo la pluma mejor cortada. Debieron ser tan ridículos los que hizo al decir la pregunta anterior, que Luisa se echo á reir de todas veras y el criado siguió su ejemplo. En el mundo hay fátuos y fatuas á quienes toda clase de homenages les parecen dignos y escelentes. Una de las célebres coquetas que ha tenido la Francia, decia que tanto gustaba de ser admirada por un labriego como por un cortesano: asi no es extraño que la risa del criado entusiasme á Hector el cual sintió en si el númen de la locuacidad

y continuó en tono burlesco:

-¿Si se le habrá antojado á mi padre aprender á leer?

Criado y amo rieron con esto de nuevo, y solo Luisa alzó los hombros con disgusto. Picóse Hector de le indiferencia de su prima, y la suplicó pasasen al comedor sin esperar á su padre: mas aun no se habian levantado cuando entró el conde con Scipion diciéndole:

-Quedaos aqui, caballero: almorzareis con nosotros, y mandaré á vuestra casa un recado para que no os esperen en todo el dia. Luis añadió dirigiéndose á un criado, vé á casa del señor Scipion.

Iba á salir Luis, pero el maestro le detuvo exclamando tristemente:

-No os incomodeis: jamas me esperan en mi casa.

-Pues bien, vámos al comedor, dijo el conde y fué á acariciar á Luisa escusándose con ella de haberla echo esperar, y ofreciéndola el brazo.

Mientras tanto Scipion permanecia inmóvil en su lugar, y Hector le examinaba de arriba abajo como á una victima ó un blanco á quien iba á dirigir sus tiros burlándose de él completamente. Salieron el conde y Luisa del salon para el comedor y Hector suplicó al Maestro de escuela pasase primero, con aquella afectada etiqueta que es un insulto cuando se conoce la intencion del hombre de sociedad, pero Scipion no vió en ella mas que una amable franqueza, de la cual quedó tan prendado, que se atrevió á decirle con lágrimas en los ojos y acento tierno y desconsolado.

-Ya veis, caballero, cuánto honor es para mí almorzar con S. E. y con V. S., y sin embargo quisiera marcharme á mi casa.

-¡Como! exclamo Hector con afectado sentimiento: ¿rehusareis honrarnos con vuestra compañía?

-No lo digo por eso, replicó con sencillez el pobre jóven, sino por una cosa que voy á revelaros, por que pareceis un buen muchacho.

*Continuará.*

Imprenta del EDITOR: D. P. M. Ruiz y hermano

